

# LA INOCENCIA,

Dedicada

á la Arcadia Mexicana. (1)

## DEDICATORIA.

¿Con qué podrá mi musa,  
ARCADIA MEXICANA,  
Darte por tanto elogio  
Las más debidas gracias?

¡Oh tú, "Quebrara" amable,  
Que en producciones tantas  
La suave esencia quinta  
De las Piérides sacas:

---

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de San Antonio de Tula, colonia del Nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salían entonces en los diarios de México: á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos se daban en sus versos.—E.

Y tú, meliflúo "Mopso,"  
Que de tu lira blanda  
Privaste á los que atentos  
Sus tonos escuchaban.

Y tú, fogoso "Arezi,"  
A quien la edad no apaga  
Con sus escarchas frías  
De amor la ardiente llama.

Y tú, que tras las hijas  
Del gran Júpiter andas,  
"Aplicado," travieso  
En las discretas chanzas.

Y tú, que misterioso  
En cuatro letras guardas (1)  
Un nombre que merece  
Le publique la fama.

Y tú, "Can-azul" diestro,  
Que la discordia espantas,  
Al són de las cañuelas  
Que te dieron las gracias.

"Uribe Deoquin".... todos  
Los que en el diario se hallan,  
Tejiéndole á mi musa  
Diferentes guirnaldas:

---

(1) J. M. R. C. Así se firmaba uno en el diario.—E.



Con ellas ha subido  
A la cumbre elevada  
De Apolo, y hoy se mira  
Entre las nueve hermanas.

Allá en felice vuelo  
De vuestras grandes alas  
Subió... ¡milagros todos  
De vuestras alabanzas!

¿Con qué podrá, pues, ella  
Corresponderos grata,  
Sino con repetiros  
Lo mismo que os agrada?

Vosotros lo habéis dicho;  
Y así estas Odas vayan,  
Que alaban la inocencia  
De una simple muchacha.

Ellas son, en algunas  
Horas desocupadas,  
A manera de alivio  
De mi tristeza amarga.

Mi musa las entona,  
Y estas altas montañas  
De la villa de Tula  
Repiten sus tonadas.

Los pastores en ellas  
Aprenden como se ama;

Y á serles siempre fieles  
Se enseñan sus zagalas.

Escuchadlas, pastores  
De la moderna ARCADIA:  
Escuchadlas benignos,  
Y perdonad sus faltas.

#### ODA PRIMERA.

##### Introducción.

Cantar de la "inocencia"  
Los amables candores,  
Será el más propio asunto  
De mi campestre albogue.

Musa, la que desdeñas  
A los sublimes hombres  
Que se van á las nubes,  
En sus grandes transportes:

Y que sólo te dignas  
Animar los cantores,  
Que entonan agradables  
Sus humildes canciones.

Tú, que á mi ruego fácil  
Por estos densos bosques  
Me acompañas algunas  
Felices ocasiones:



Ahora más que nunca  
Benigna me socorre,  
Porque de la inocencia  
Quiero cantar loores.

Loores, que soberbios  
Allá en algunas cortes,  
Desprecian los que ciegos  
Su objeto no conocen.

Y tú, virtud del cielo,  
Alma inocencia, acorre,  
Vuela y dale á mi musa  
Tu merced y favores.

Preséntale tu imagen  
Bajo el rostro y colores  
De la cándida Anarda,  
Zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,  
Verás los vicios torpes  
Que arrastrándose huyen  
Y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares  
Las más preciosas flores  
Que brotan los afectos  
De nuestros corazones.

Mientras que la comarca  
Te llama con el nombre

De la diosa que influye  
En los castos amores.

Y la fama alentando  
Su retorcido bronce,  
Alegre desparrama  
Tus gracias por el orbe.

Esto baste, inocencia:  
Y que mi musa sople,  
Que ya mi albogue suena,  
Y las cabañas le oyen.

ODA II.

LA ZAGALEJA.

Erase en estos campos  
Una graciosa niña,  
Que nunca vió la cara  
A la negra malicia.

Llevóla su inocencia  
De acuerdo con mi dicha,  
Por dó estaba yo en vela  
De mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos  
Que el dulce halago habita,  
Y en sus purpúreos labios  
Que se bañan de risa,



Se asoma milagrosa  
La honestidad sencilla,  
Que si esperanza alienta,  
También temor inspira.

Amor, que de mi pecho  
Su blanda cuna hacía,  
Como yo la mirase,  
Despierta á toda prisa:

Y luego por el aire  
Batiendo sus alitas,  
Se va al tierno regazo  
De la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde  
Al verle una ascua viva,  
Y de su seno de ámbar  
Le arranca y precipita.

Mas luego su ternura,  
Superior á lo esquiva,  
Del suelo lo levanta,  
Y le hace mil caricias.

¿No te acuerdas, Anarda,  
De las primeras visitas  
Que tuvimos? ¡Ay tiempos  
De nuestra alegre vida!

Huyeron.... mas dejando,  
Sin aguar nuestras dichas,

Mil motivos gloriosos  
De inocentes delicias.

Porque ellos solamente  
Lo caduco dominan;  
No la virtud, que el alma  
Sus bienes eterniza.

ODA III.

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda  
Cual por vidrieras veo  
Aquella su agradable  
Inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sabios  
Decían nuestros viejos  
A todós sus muchachos  
En pastoriles versos.

Al són de sus zamponías  
Cantaban, que hubo un tiempo  
En que bajó á los campos  
Una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla  
Nuda y de rostro bello,  
El nombre de la amable  
Simplicidad le dieron.



Y que amada de todos  
Siempre estaba con ellos,  
En sus selvas y chozas,  
En sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe  
Se anima por el fuego;  
Así por ellas todos  
Los humanales pechos.

Pero, que vino un día  
Obscuro, en que con ceño  
Doble la vió el engaño,  
De falsedad cubierto:

Que asustóse; y turbada,  
Dejando nuestros techos,  
Se fué á las soledades  
De los incultos cerros,

A vivir con la humilde  
Yerbecita del sueño,  
Con inocentes aves,  
Y con mansos corderos.

¡Oh virtud, que en mi Anarda  
Tienes como un espejo;  
Así como en la luna  
El resplandor febeo!

Tú, liberal la envías  
De allá desde tan lejos,

Tus mercedes y gracias,  
Que ella guarda en su seno.

Donde yo cariñoso  
Y rendido, te ofrezco,  
Como en ara sagrada,  
Mil sacrificios tiernos.

ODA IV.

LA CORDERITA.

Una mansa cordera  
Tiene la dulce Anarda,  
Que yo la di obsequioso  
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles  
Le cuelga en la garganta,  
Y un penacho le forma  
De cintas coloradas.

Erase la ovejilla  
En la verde campaña,  
Envidia de las otras,  
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ay! un lobo fiero  
Que en la noche callada  
Bajó, cuando yacía  
En sueño la cabaña:



Del hambre que le roe  
El corazón y entrañas  
Agitado, la embiste,  
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?  
¿Por qué tu ronca flauta  
Con siete horrendas voces  
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste  
Hoy llora por tu causa,  
Sin admitir consuelo,  
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,  
Tiernísima zagala,  
Que si la oveja ha muerto  
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere  
Con un amor sin mancha,  
Como otra corderita,  
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira  
Que de otros montes bajan  
Otros lobos, hambrientos  
De otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos....  
De los hombres te guarda,  
Que carnívoros buscan  
A las simples muchachas.

ODA V.

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas  
Que les cante la bella  
Perspectiva que formó  
La alegre primavera.

El caso es venturoso,  
Pues su favor me empuñan  
Lesbia, Lidia, y Anarda,  
Con mil dulces promesas.

Rendíme, pues, gozoso:  
Rendíme.... ¿Y quién pudiera  
No rendirse á la instancia  
De tres muchachas tiernas?

A su influjo suave  
Desatóse la vena,  
Y espacióse mi musa  
Por la pintada selva.

Y así cantaba el cómo  
Y el cuándo á nuestras tierras  
Se asomaba la diosa  
De la estación risueña.

Y cómo va sembrando  
Sus flores por la selva,



Que por cogerlas corren  
Las lindas zagalejas:

Mientras que los pastores  
Con blandas cañueclas  
Mis amores las cantan  
Y sus gracias festejan;

Con otras muchas cosas  
Que llenaron la fiesta  
Y que aunque no son malas,  
Pero que son ya viejas,

Cantaba; y luego quita,  
De sus doradas hebras  
Lesbia, un listón morado,  
Y lo faja á mi trenza,

Al dedo pequeñito  
Una ebúrnea fineza  
Saca Lidia, y al mío  
Lo hace entrar á fuerza,

¿Que hará entonces, Anarda,  
La dulce muchachuela,  
Que mi afecto se roba  
Con su simple inocencia?

¿Qué hará entonces? me mira:  
Y la cara cubierta,  
Del color que le saca,  
La virginal modestia,

Se acerca titubeando,  
Y una blanca azucena  
De su albo pecho arranca,  
Y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un susurro,  
Como el que las abejas  
En el hueco levantan  
De la obscura colmena:

Porque muchos zagales  
Que están por la pradera,  
Discurren... como todos,  
Allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan  
Por el premio de Lesbia,  
Y otros por el de Lidia  
Mil razones alegan.

Yo que no entro en disputas,  
Huí de la contienda;  
Pero dando al de Anarda  
Mi amor la preferencia:

Porque en él contemplaba  
Cifrada su inocencia,  
Por la que en estos campos  
Mis versos la celebran.

Por ella, más que á nadie,  
Le cantaré la bella  
Perspectiva que forma  
La alegre primavera.



ODA VI.

LA TORTOLITA.

La tortolita tierna  
Que en jaulita curiosa  
De mimbres delicados  
Tenía mi pastora:

La que huérfana vino,  
Por suerte venturosa,  
A morar en su seno,  
Como en nido de aromas:

La misma que á su dueño  
En apacibles horas  
Su inocencia divierte,  
Y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,  
De la frágil custodia  
Salióse, dando al viento  
Sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto  
De las pajizas chozas  
El halcón afilaba  
Sus uñas trinchadoras.

Este la sigue, y ella  
Revolando medrosa,

Huye; y por todas partes  
Las auras leves corta.

Yo entonces preparaba  
Mis flechas cazadoras,  
Con que sigo á los ciervos,  
Los pardos y las onzas:

Y con certera mano,  
Y en nombre de la diosa  
De los bosques, disparo  
Una jara sonora.

Silbó el aire; y al punto  
En presencia de todas  
Las Napéas que iban  
En séquito de Flora,

Bajó el ave rapante  
Envuelta en sangre roja,  
Y la tórtola simple  
Con vida milagrosa.

Al mirar el suceso,  
Estaba como absorta  
Anarda, y yo le dije  
Cantándole esta copla:

“Anarda, ten presente,  
“Si sales de tu choza,  
“La malicia del mundo,  
“Tu inocencia y mi honra.



ODA VII.

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia  
De Anarda, y lo sencillas  
Que se muestran las gracias  
Que le hacen compañía:

La insolencia presume  
Temeraria sus dichas,  
En el culpable goce  
De fáciles caricias.

Pero, ¡cuán engañada!  
Pues mi celo la avisa  
Del mal en que tropiezan  
Las imprudentes niñas.

Por esto, aunque inocente,  
De las flechas se libra  
Que Amor, hijo de Vénus,  
Le dispara encendidas.

Burlando este muchacho,  
Emboscábase un día,  
Cual cazador que acecha  
Incautas liebreçillas.

Y oculto entre las ramas,  
De sus cautelas fía

El triunfo á que aspiraba  
De la inocencia misma.

Como otras ocasiones  
Tras sus corderas iba,  
Buscando frescas sombras  
Mi Anarda simplecilla:

Sacó la cara entonces  
Amor, y la convida  
Con sabrosas ciruelas,  
Que allí cortado había.

Cuando ella advierte el riesgo  
De las redes que pisa,  
Llama á su honor, que acaso  
Ya en su zagal venía.

Libróse: y aquí es cuando  
Dobladas las rodillas,  
El diosezuelo astuto  
De la chipriota isla,

Mirando á todas partes,  
Y juntas sus manitas,  
Mil puchericos forma  
Que á mí me hacen cosquillas.

Y llamando á los Faunos  
De aquellas serranías,  
Como testigos fieles,  
Su amparo les suplica.



Pero al fin de sus votos,  
Y plegaria infinita,  
Mezclada con un dulce  
Torrente de mentiras,

La merecida gala  
Al pronto se le aplica  
Que se dá á los muchachos  
Por sus travesurillas,

Las ninfas de los montes  
Que estaban á la vista,  
Riendo á carcajadas  
La fiesta solemnizan,

Y Cupido de entonces  
A mí zagala mira,  
Como gato escaldado  
Que huye del agua fría.

ODA VIII.

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto  
Dó suelo entrarme á ratos,  
A repasar memorias  
De mis pueriles años:

Hay un ojito alegre  
De agua pura, manando

El humor de algún río  
Que corre subterráneo.

Jamás se le avecinan  
Los sedientos ganados,  
Porque Dríadas verdes  
Lo 'están siempre guardando.

Al númen del silencio  
Parece consagrado;  
Y aun no sé qué respira  
De sueños y de encantos.

Alguno de estos días  
A 'su orilla sentado,  
Contemplaba lo limpio  
De sus cristales claros.

Su linfa transparente  
Mis ojos penetrando,  
Alcanzaba la vista  
Los pececillos vagos,

Y las pequeñas guijas,  
Que allá como en letargo  
Hundidas en el fondo  
Se advierten descansando.

Entonces á mi dueño  
El símil apropiando,  
Por su pecho sencillo  
Que nada me ha ocultado,



Escribí como pude  
En el tronco de un árbol,  
Cedro muy corpulento,  
Estos versillos cuatro:

“Anarda, si á este sitio  
“Te trajere el acaso,  
“En esas aguas mira  
“Tu natural retrato.”

ODA IX.

LA VENUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama  
Cuenta como Cupido,  
Burlado por Anarda,  
A su madre le dijo:

Y como allá en el bosque,  
Entre espesos lentiscos  
Fué castigado, siendo  
Tan tierno y tan bonito.

Y que irritada Vénus  
Rasgando sus vestidos,  
Y dando al suelo muchos  
De sus lucientes rizos:

Tres, cuatro... y muchas veces  
Con llantos y con gritos,

Juraba la venganza  
Por los lagos Estigios.

Y que subiendo al carro,  
Y dejando los ciprios  
Lares, á nuestras tierras  
Derecha tomó el giro.

Y que en su auxilio vienen  
Mil flecheros Cupidos,  
Como tordos que vagan  
Tras Ceres por los trigos.

Mas ¿qué importa, si Anarda  
Aunque simple ha tenido  
Para todas sus huestes  
Un pecho diamantino?

El caso es como sueño;  
Mas en verdad yo he visto  
Un ejército grande  
De alegres pastorcillos,

Que siguen á mi Anarda  
Por los valles floridos:  
Y esto encierra misterios,  
Y encantos, y prodigios.

¿Pues qué? ¿no pudo Vénus  
Dar allá con hechizos  
La forma de zagales  
A sus Amores mismos?



Y ¿para qué todo esto,  
Tú, la reina de Gnido,  
Y de Amatunta, y Páfos,  
Y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,  
Tu poder y dominios,  
Se extienden hasta el campo  
De honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?  
¿Para qué tantos tiros  
Preparas á una joven  
De un pecho el más sencillo?

Pero: ¿qué me detengo,  
Pastores, en deciros  
La insolencia de muchos  
Amores atrevidos?

Una lóbrega noche  
Cercaron el pajizo  
Albergue de mi Anarda,  
Sus ojos ya dormidos.

Mas luego despertando,  
Y dando voces dijo:  
"Anfriso, acorre, vuela,  
"Tu honor se halla en peligro."

Y ellos, como ladrones  
Al trueno fugitivos,

Con su madre se fueron  
De vergiienza corridos.

Acompañadme gratos,  
Pastores mis amigos,  
Y cantemos ufanos  
Al són del caramillo:

"¡Victor! ¡Oh, victor grande,  
"Anarda, y siempre victor;  
"Que aunque simple has triunfado  
"De Vénus y Cupido!"

ODA X.

CONCLUSION.

Todos cantan materias  
Según sus facultades,  
Ayudados del gusto  
Y primores del arte.

Y así cantan felices  
Los rústicos zagales,  
Las gracias de sus dueños,  
En que más sobresalen.

Fabio canta de Mirla,  
En cítara sonante,  
Las hechiceras voces  
De sus dulces cantares.



Floridano, de Lisi  
Las figuras que sabe  
Diestra formar en todos  
Los campesinos balles.

Amin, de Aleja lo albo  
De su mano tornátil,  
Cuando las cuerdas de oro  
De su vihuela tañe.

También de su Dorila  
Los ojuelos vivaces  
Canta el sabio Fileno,  
En metros agradables.

Nicandro, de Rosenda  
El aliento suave  
De olorosos claveles,  
Cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsa  
El cuello, comparable  
A la nieve, que adorna  
Con sartas de corales.

Todos cantan discretos  
Según su ingenio, y hacen  
De este modo á sus dueños  
Sujetos memorables.

Yo empero cuitadillo,  
En humilde lenguaje

Canté de la inocencia  
Los dones singulares.

Cantélos como pude,  
Bajo el propio semblante  
De Anarda, que es el dueño  
Que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores  
Que presentan la imagen  
De la virtud, que es propia  
De genios celestiales.

No importa que tu nombre  
Se quede en estos valles,  
Anarda, y que el silencio  
Para siempre lo guarde.

Toma mi albugue humilde,  
Y en aquel árbol grande  
Que hace fresca tu choza,  
Que penda en adelante.

Allí estará tus ojos,  
Sin que otro amor alabe,  
Que el que nace de un pecho  
Sencillo y como de ángel.

¡Oh, si el tiempo quisiera  
Los respetos guardarle  
Que hacen vivir por siempre  
A la virtud laudable!



Entonces él viviera,  
Y tu blando carácter,  
Aunque simple, sería  
Ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos  
De enemigos falaces,  
Y tu alba frente ciñan  
Laureles inmortales. (1)

(1) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del señor D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, compendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamación:

“¿Quién puede negar su aprobación á estas “bellezas” tan dignas de salir al público?”—SARTORIO.

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará también: ¿Quién te puede negar el tributo de la admiración, oh dulcísimo Navarrete?—E.

## La música de Celia.

.....Quoniam convenimusambo  
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.

VIRGIL. EGLOG. 5.

### ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos,  
A la presencia augusta,  
A las aras divinas  
De Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,  
A sus manos ebúrneas,  
Que al jazmín hacen negro,  
Y á la azucena oscura.

Aquellas manos sabias,  
Que diestramente pulsan  
El órgano sonoro  
De las cantoras musas.